



Año Internacional Familia

LAS FAMILIAS DE TELEVISIÓN (4):

«*Aquellos maravillosos años*»

LA MEMORIA EN EL ESPEJO

— Marta Azcona —

Tal y como sucediera en los más de los 50 países en los que se había exhibido anteriormente, «*Aquellos maravillosos años*» consiguió desde el inicio de su emisión encandilar a la audiencia española y arrancar los más encendidos elogios a nuestros críticos de televisión. Estrenada en 1990, en TVE 1, la serie cuenta hoy en España con una legión fija de admiradores que han seguido fielmente la evolución de su protagonista, Kevin Arnold, un joven de 32 años que echa una mirada retrospectiva a los pequeños y grandes acontecimientos que marcaron su infancia y los va narrando en off con un mordaz sentido del humor. La acción de los primeros capítulos se sitúa en 1968, cuando Kevin contaba 12 años. En aquel momento, los americanos viven pendientes de sus televisores en blanco y negro, a la espera de noticias de la guerra de Vietnam.



La familia Arnold con Paul

ÉPOCA DE GRANDES CAMBIOS

Es una época de grandes cambios: John F. Kenedy y Martin Luther King mueren asesinados, las revueltas estudiantiles se suceden, las tensiones raciales aumentan día a día, los grupos pacifistas y las asociaciones pro derechos humanos se movilizan y las mujeres reivindican la igualdad con los hombres en todos los órdenes de la vida. La música psicodélica inunda el aire y la estética hippy se pone de moda, el LSD llega a la universidad y el hombre pone un pie en la luna. Mientras tanto, Kevin, el menor de tres hermanos de una típica familia norteamericana de clase media, vive sumergido en los problemas y aventuras propias de su edad.

Hoy, ya adulto, Kevin bucea en la memoria y rescata para los espectadores momentos de angustia en el colegio, enfrentamientos con sus amigos, primeras fiestas, primeros amores, frustraciones, alegrías y desavenencias familiares; desanda el camino y vuelve a contemplar los años de su infancia de la

mano de profesores, amigos, padres y hermanos, descubriendo hoy con la perspectiva de los años, la magnitud de las cosas, su verdadera proporción.

LA IMAGEN DEL NIÑO QUE FUE

La memoria es un espejo que devuelve a Kevin la imagen del niño que fue junto con la de aquellos que poblaron los primeros años de su vida. En ese espejo, Kevin ve a su padre, Jack, como una difusa figura, distante y omnipresente, y a Norma, su madre, como una mujer plenamente satisfecha con su papel de ama de casa, siempre dispuesta a todo con tal de que reine la armonía en el hogar. Sus hermanos mayores, Karen y Wayner, aparecen como la antítesis de todo lo que representa el sensible y pacífico muchacho que tienen por hermano.

Ella, díscola y rebelde, participa activamente en los movimientos sociales de los años 60 y se rebela continuamente contra la autoridad paterna y la disciplina familiar. El, duro de mollera, bocazas y simplón, sólo busca la manera de fastidiar y humillar a Kevin, a quien siempre que puede cambia el nombre por su insulto preferido: «Imbécil».

Entre los amigos de Kevin destacan Paul, un enclenque y debilucho muchacho, alérgico a casi todo pero leal hasta el último estornudo, con el que compartirá penas, alegrías, angustias y experiencias, y Winnie, su vecina y compañera de clase, que será con el tiempo su primer amor.

EL PEZ ESCAPA, LOS HIJOS TAMBIÉN

En los capítulos que TVE 2 emite actualmente, Kevin se ha convertido en un adolescente de 16 años. Ni los tiempos —estamos en la década de los 70— ni obviamente él, son ya los mismos. Como sucediera en el pasado con su hermana Karen, Kevin lucha ahora por su propia identidad y autonomía. Ha dejado de ser un niño y quiere que su familia deje de tratarlo como a tal. Tiene su propia opinión de las cosas y necesita que le den la oportunidad de manifestar lo que piensa; sabe, o cree saber, lo que hay que hacer en cada momento y le irrita sobremanera que su padre no le tenga en consideración y, sobre todo que no le deje libertad para tomar sus propias decisiones.

En uno de los últimos episodios, Kevin descubre que su padre ha organizado, sin contar con él ni con su hermano, una excursión de 3 días para ir a pescar. Aunque Kevin y Wayner tienen otros planes y no quieren acompañar a su padre acabarán cediendo, conmovidos por la ilusión que a éste le hace retomar aquella vieja tradición familiar. Según Kevin, aquella escapada que hacían todos los años servía para que padres e hijos disfrutaran de mutua compañía, compartieran experiencias y estrecharan vínculos. Sin embargo, en esta ocasión, ninguno de ellos obtendrá el menor placer de la compañía del otro ni la experiencia les servirá para otra cosa que para tomar la decisión de no volver a repetirla.

¿POR QUÉ NO LLEARNOS BIEN?

Todo va mal desde el principio. Kevin y Wayner discuten por nimiedades durante todo el viaje, y Jack, por su parte, les regaña continuamente. «¿Por qué no podemos llevarnos tan bien como antes?», se lamenta el padre. «¿Por qué tenemos que ir a pescar?», le reprochan los hijos. Más tarde descubrirán que han cortado la carretera y que la única manera de acceder a «ese maravilloso paraje junto al río, a ese paraíso del excursionista urbano», al que se dirigen es a pie.

Finalmente, tras tres horas de caminata, llegan a su destino. Montan la tienda. Sacan los bártulos de pescar. Lanzan las cañas. Y pica el primer pez: un viejo y enorme neumático. Al rato, algo nuevo pica en la caña de Wayner Kevin y su padre le ayuda a tirar y juntos consiguen llevar a tierra un hermoso pez de seis kilos. Sobre estas imágenes se oye la voz en off de Kevin: «En ese momento supe que habíamos vuelto a aquel lugar para alcanzar la gloria juntos». Pero la gloria apenas dura unos instantes: el pez se escapa, y Kevin siente que han fracasado «como hombres y como pescadores». Esta sensación de fracaso no les abandonará en los dos días siguientes: no pescan nada, llueve sin cesar, Jack se lastima un brazo, la tienda se incendia y Kevin y Wayner acaban a golpes a causa



Kevin y Paul

de las bromas que éste último le gasta a Kevin porque su padre no le deja beber una cerveza. Todavía en el suelo, Kevin mira a su padre y, en ese instante, todas las pequeñas contrariedades

que hicieron que la excursión fuera un desastre encajan en su cabeza: «Le hemos fallado, piensa, Wayner y yo hemos crecido», y entonces se da cuenta de cual era la razón que le había llevado hasta el río, hasta aquel paisaje de su infancia: «habíamos ido a despedirnos».

«En ese momento supe que habíamos vuelto a aquel lugar para alcanzar la gloria juntos». Pero la gloria apenas dura unos instantes: el pez se escapa, y Kevin siente que han fracasado como hombres y como pescadores».

LOS PADRES DE PETER PAN

El autor escocés J.J. Barrie comienza su novela «Peter Pan con las siguientes palabras: «Todos los niños crecen, excepto uno. No tardan en saber que van a crecer... (...) Siempre se sabe eso a partir de los dos años. Los dos años marcan el principio del fin». La excepción a la que se refiere J.J. Barrie en la primera línea del libro es Peter Pan, un niño que no quiere crecer. La psiquiatría ha tomado prestado de la novela el nombre de su protagonista para bautizar con él un síndrome, «el Síndrome de Peter Pan», que afecta a aquellos niños que, como el personaje literario, quiere emanciparse del mundo de los adultos y permanecer eternamente en la niñez.

¿NO QUEREMOS QUE CREZCAN?

Los niños que no quieren crecer son una minoría: los padres que no quieren que sus hijos crezcan son, por el contrario, legión. Son padres que no asumen que la independencia es una necesidad vital e interpretan esa búsqueda de independencia es una necesidad vital e interpretan esa búsqueda de independencia en sus hijos como desafecto o ingratitud; padres empeñados en mantener a la prole bajo el ala impidiéndoles disfrutar de otra compañía que no sea la suya ni de otras actividades que no sean las que realizan en común: padres, que cortan el impulso natural que todo niño siente que abrirse al exterior, vivir experiencias fuera del ámbito familiar y participar e integrarse en la sociedad. Padres, en definitiva, que prolongan artificialmente la niñez de sus hijos para retenerlos a su lado.

SE VAN, PERO SE QUEDAN

Durante los primeros años de su vida, el niño concede una gran importancia a la vida familiar, valora de forma positiva los ratos de ocio que comparten con sus padres y encuentran gran satisfacción en actividades comunes tales como ir de excursión, comer en un restaurante, salir de compras, pasear e ir a ver un espectáculo. Sin embargo, según un estudio realizado por la Fundación Santa María titulado «Los Valores de los Niños Españoles 1992» hay un progresivo distanciamiento de las actividades familiares a partir de los diez años, edad en la que comienza a manifestarse ese deseo de independencia que se ha ido forjando lentamente a lo largo de los años. Y así frente a un 47,3% de los niños entre 8 y 10 años que están «muy de acuerdo» ante el hecho de salir los fines de semana con la familia, sólo un 22,3% de los mayores de 10 años mostraban su conformidad. Asimismo el estudio revela que los niños de entre 8 y 10 años conceden más autoridad a sus padres y prestan mucha más importancia a lo que éstos dicen que los niños mayores de 10 años. A partir de esta edad aparece en el niño un cierto sentido crítico y la opinión de los padres se va equilibrando con la de los profesores, medios de comunicación, compañeros y amigos. Es decir, el niño madura y se encamina progresivamente hacia una autonomía que padres y educadores deben estimular y preparar para que éste pueda ejercerla con responsabilidad.

Todos los niños crecen. Y esa distancia entre los hijos niños y los hijos adolescentes es un abismo imposible de salvar por mucho que se empeñe la nostalgia. Como a tantos padres, la nostalgia empaña la valoración del presente de Arnold que busca en la memoria la satisfacción que no encuentra ahora en la relación con sus hijos adolescentes. Así que viaja. Y este viaje al pasado con el que Arnold, inconscientemente, intenta recuperar la devoción de sus hijos es un desastre: el entusiasmo que embarga de niños a Kevin y Wayner ante la idea de ir de acampada se ha transformado con los años en apatía y mal humor. No quieren ir: van por complacer a su padre. Así pues, ya desde su inicio el planteamiento del viaje no es el mismo. Ahora la autoridad paterna se impone sobre el deseo de los hijos condicionando ese significado de fiesta que antaño tenía la excursión.

Acompañar a su padres es un sacrificio y el tiempo que pasarán a su lado es un tiempo perdido para sus propios planes y amigos. Esto es algo que Kevin y Arnold saben muy bien y

Todos los niños crecen. Y esa distancia entre los hijos niños y los hijos adolescentes es un abismo imposible de salvar por mucho que se empeñe la nostalgia.

que Jack acabará comprendiendo a lo largo de los tres días: sus hijos estiman más las experiencias que pueden vivir con sus amigos que con su padre. Afortunadamente Jack no interpreta esto como una ruptura familiar sino que lo valora con justeza: los hijos crecen y se van. Queda, eso sí, el cariño. Y los recuerdos. La familia, en cierto modo renovada y nuevamente armonizada en la realidad. Y en esa armonía la distancia es sólo física: los hijos se van pero se quedan.



ACTIVIDADES

(«Aquellos maravillosos años»)

1. Lo primero, leer el texto del artículo, subrayando aquellas palabras o frases que, a vuestro juicio, pueden dar pistas para una discusión en grupo.
2. Después, comenzar con una presentación de esas frases —escritas con letra grande para que el grupo las vea— por subgrupos de 3 personas, en un mural hecho también con recortes de anuncios de revistas.
3. Discusión Dirigida (técnica DD-PM) entre todos.
4. Sería excelente presentar entonces en vídeo un episodio de la serie y ver hasta qué punto lo que allí pasa te sugiere algún recuerdo.
5. ¿Nos pasa algo de lo que allí sucede? Tratar de encontrar en la vida familiar acontecimientos que tienen algún parecido con lo que se presenta en la serie.
6. Utilizar entonces la técnica de “casos incompletos”: cada subgrupo de 6 presenta un caso escenificado y lo deja sin terminar...
7. Los demás subgrupos piensan un final posible y lo representan.
8. ¿Qué aprendí en todo esto?
9. ¿Qué pasará si los que ven la serie son los hijos? Intentad repetir la sesión siguiendo los 8 números anteriores, pero con los hijos como protagonistas en el grupo.
10. Y, después, nos enviáis vuestra experiencia para publicarla.